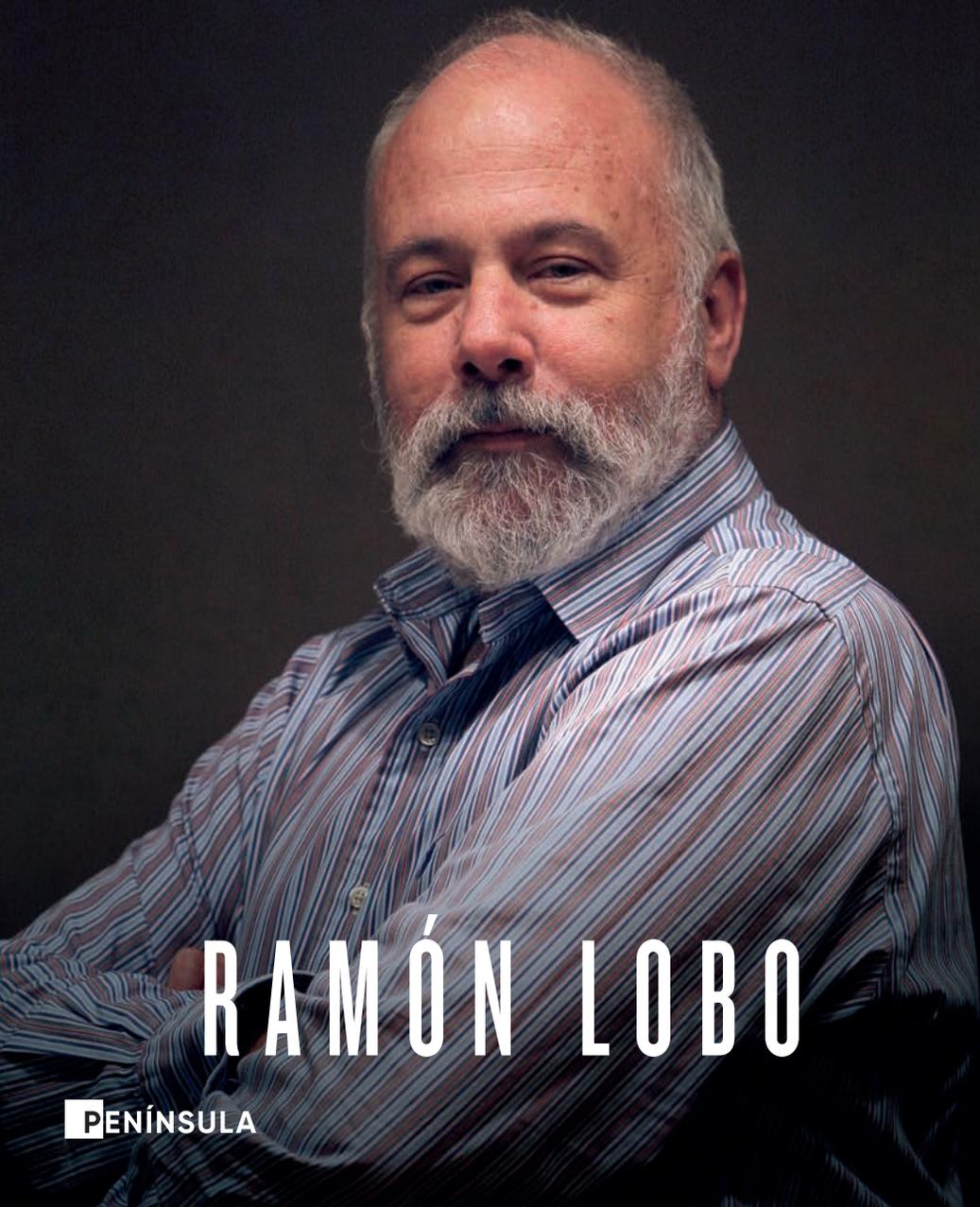


PENSIÓN LOBO

HABITACIÓN NÚMERO 13



RAMÓN LOBO

PENÍNSULA

Pensión Lobo

Habitación número 13

Ramón Lobo

©Herederos de Ramón Lobo Leyder, 2023

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: junio de 2024

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas S. A.
Depósito legal: B. 9.370-2024
ISBN: 978-84-1100-265-3

Printed in Spain - Impreso en España



#I

Una parte de mí escribe palabras desde los kilómetros vividos; otra, desde los pocos que me quedan por vivir. Rescato imágenes, voces, memorias en busca de un orden que complete el rompecabezas. Quisiera tejer un tapiz que abarque mi existencia, poder verla extendida ante mí para valorar lo conseguido sin encelarme en lo que quedará sin hacer. Padezco una enfermedad grave que me va a matar en unos meses, aún no sé si en dos, tres o cinco. La suerte está echada. La percepción de la inminencia del final ilumina el camino andado, le da sentido. No arrastro demasiado equipaje porque aprendí a moverme ligero, sin ataduras. Un viaje de un mes cabe en una maleta que no se factura. Ahora escribo, medito y sueño en busca de materiales que me permitirán esculpir algo parecido a un epitafio. Somos solo eso: una frase, un párrafo corto; el resto es artificio.

En ocho meses perdí la infancia, y la esperanza de una vejez saludable, erguida, o al menos no dependiente. Quedé atrapado en un espacio sombrío que se expresa en un idioma diferente, bajo unas reglas cambiantes y una contabilidad minimalista en la que los años fueron desplazados por los días, las horas y los minutos. El nuevo tiempo se mide en la anchura y profundidad del instante mientras

espero el declive físico definitivo e inapelable. En esos ocho meses de 2022 pasé de la insolencia de estar sano a la realidad de dos cánceres avanzados, simultáneos e independientes. Fui expulsado del País de los Inmortales, forzado a vagar por desiertos y cruzar fronteras hasta llegar al País de los Mortales.

Mi nueva metrópoli no es sutil ni está gobernada por el Deseo, la Memoria, los Ojos, los Signos, el Cielo o los Intercambios como en *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino. Sé que no podrá llamarse Melania, Eusapia, Argia, Laudomia o Adelma, «a la que uno llega al morir y encuentra a las personas que ha conocido». Mi nueva ciudad aún carece de nombre y de un lugar en el mapa, para que mis amigos sanos puedan pensarme lejos, de vacaciones o perdido en una selva. Sea cual sea, no será poético.

Cuando cierro los ojos y respiro acompañando a mis pulmones, en un intento de búsqueda del silencio interior, no veo bosques ni ciudades modernas repletas de bicicletas. Mi lugar soñado está cerca del mar. Esta mañana, en vísperas de conocer la comunicación oficial del resultado de una tomografía axial computarizada (TAC), que ya sé que no es bueno, traté de escoger una playa entre todas las posibles y surgió de mi cerebro la de la desembocadura del río Número Dos, al sur de Freetown, en Sierra Leona, que fue frontera en la guerra de las manos cortadas. En ese paraíso sin turistas ni ruidos, más allá del piar de los pájaros y el batir de las olas, clavé las mías en una arena blanca y fina mientras escuchaba en los auriculares *Minha Galera* de Manu Chao. Han pasado más de quince años desde aquella última visita al país que alumbró la novela *Isla África* y no sé qué música debo escuchar hoy mientras mis manos abrazan los pulmones heridos. ¿Una de despedida, como *The Rowan Tree* en la película *Living*, o de resisten-

cia, como *Surviving* de Kaz Hawkins? Necesito una música que me ayude a acallar la mente. Cuando cierro los ojos, me veo delante de una autopista atascada. Escucho bocina-zos, respiro humo. Intento concentrarme en inhalar y exhalar despacio. Pruebo con alguna banda sonora de Hans Zimmer, como *Time*, y siento que entra por las venas en busca de mis males como una quimioterapia musicada que trata de sanarme los miedos que aún no tengo.

Mis imágenes pacificadas regresan poco a poco al río Número Dos. Asciendo desde la desembocadura en una canoa rodeada de pájaros que tratan de ganarse una dieta sin esfuerzo. Acaricio el agua con la mano derecha mientras que dos pescadores, padre e hijo, baten los remos con una cadencia lenta. Nos detenemos en medio de la belleza para escucharla. De todos los conflictos vividos, el de Sierra Leona es el más emocional. Se quedó en mis entrañas, en las enfermas y en las sanas. Advierte Cormac McCarthy que hay que tener cuidado con las ideas que se meten en la cabeza porque se quedan en ella para siempre. Sucede lo mismo con las emociones. Lejos de la fantasía del río Número Dos, con los remos en sus asideros, regresa la vorá-gine sonora. Fracasa una y otra vez en el intento de silenciar el torrente de palabras que me atraviesa. Incapaz de bajar el volumen, escucho las últimas que me han invadido sin pedir permiso: cáncer, muerte, hospital de día, vena, escenarios estadísticos. El tiempo que me resta depende de detalles esenciales incontrolables.

Antes del diluvio de dolencias mortales, el proyecto era escribir un ensayo sobre una sociedad que galopa hacia el abismo convencida de que solo mueren los otros, de que la vida es una fiesta, un desenfreno sin fin. Tenemos tanto

miedo a la muerte que nos negamos a escuchar sus advertencias, olvidando que es lo único cierto, lo que da sentido a todo lo anterior. Vivir, o haber vivido, es la única defensa posible para afrontar el final. Tampoco hablamos de las enfermedades y las carencias que matan a millones de hambre, guerra y pobreza. Es una vida impostada, sin palpito de tierra con raíces. Como soy de los que tienen la certeza de una defunción próxima, me rijo por relojes que andan hacia atrás, marcando horas que ya fueron, como escribió António Lobo Antunes en su obra *En el culo del mundo*. Este es el momento de cerrar círculos y ordenar memorias para evitar sorpresas, no vaya a ser que una caída súbita del telón en medio de un diálogo con los fantasmas interrumpa la representación de mi vida, dejándola sin sentido.

En enero de 2022, antes de la manifestación de mis problemas médicos, murió mi madre, Maud Leyder Lebel. Sentí un vacío existencial profundo que los británicos llaman *emptiness*. Hubo desasosiego, desconcierto, la sensación de que con ella se esfumaba el niño que nunca quise dejar de ser. Era el último vínculo que me unía con la primera infancia, un periodo extraordinario en el que se entremezclan las luces y las sombras, en el que se asientan las futuras debilidades y fortalezas del adulto. Es el molde de la vida que viviremos. En él están almacenadas las fábulas familiares, las invenciones propias y lo que debió ser la realidad. Es una visión épica compuesta de recuerdos desenfocados que sirven de bitácora para cualquier travesía. Gracias a ese arsenal he podido adentrarme por arriesgados laberintos físicos y mentales y regresar sano y aparentemente estable. La pérdida de la infancia es un anticipo de la desaparición

definitiva. Sin Mamá Memoria se evaporan los secretos y las respuestas a preguntas jamás formuladas. Con la muerte de cada anciano se apagan, como los cirios de Cavafis, los nombres y biografías de antepasados que solo él recuerda. Representa una muerte añadida: el olvido.

Ya no podré reclamar detalles sobre mi vida ni rogar repeticiones de las escenas favoritas. Ya no será posible suplicar: «Madre, cuéntame otra vez la noche en la que casi me asfixio de asma». Fue una madrugada tórrida en los campos petroleros de la Shell, junto al lago Maracaibo. Me sostuvo durante horas entre sus brazos en una habitación con aire acondicionado para que no muriese solo. Tenía tres años y mala salud. Los médicos no albergaban demasiadas esperanzas de que alcanzase los siete. Este suceso transmitido por vía oral se me quedó grabado, convertido en una deuda que algún día tendría que saldar.

Aquel asma exterminador nos llevó primero a Caracas y después a Madrid en busca de un mejor clima. Se alojó en el relato paterno como la razón que provocó nuestra salida de Venezuela en el verano de 1959. Mi salud pudo ser una de las causas, pero no la única. La caída un año y medio antes del dictador Marcos Pérez Jiménez dejó expuesto a mi padre, que trabajaba en el Departamento de Tierras de la Shell, en el estado de Zulia, dedicado a la compra y requisa de terrenos. Según la versión oficial familiar, parte de la inquina hacia él se debía a su forma honesta de actuar, opuesta a la del anterior negociador, que elevaba los precios para repartirse el botín con los jefes locales. Aunque en Radio Maracaibo dijeron que había que ir a por el expropiador Ramón Lobo, aquella fue una frase excluida de la narración.

Ahora sé que mi gran círculo vital es pulmonar. Comenzó con aquel asma maracucho y se cerrará con el cán-

cer de pulmón que me va a matar. Es un círculo relacionado con la falta de aire, una asfixia física y ambiental provocada por tres dictaduras: la interior de la casa y las dos exteriores, de Pérez Jiménez y Franco. Mi viaje ha sido extraordinario y redondo, como el de Edward Bloom en *Big Fish*.

La desaparición de la madre incluye el cuestionamiento de la identidad. ¿Soy quien creo y digo ser o el resultado de un secreto familiar? A los ocho años me inventé otro nacimiento, con otros padres a los que maté en un accidente de aviación en Maracaibo. La idea de la adopción me liberaba de la ligadura de sangre paterna, que percibía como una amenaza y explicaba mi presencia en España, encajado en una familia presidida por la abuela-cardenal Pilar Varela Castro, el paciente cero de las averías heredadas. ¿Será la fragilidad de los lazos con mis hermanas la prueba de una vida intercambiada? ¿A qué familia pretendo escapar? ¿Qué desconocido desearía ser si el que soy me permite afrontar la muerte con la sensación de misión cumplida?

En busca de la primera infancia perdida, he revisado decenas de fotografías en blanco y negro que conservo de Lagunillas y Caracas, de los primeros viajes al sur de Inglaterra, a Ferring, donde vivían mis abuelos maternos Germaine Lebel y Marcel Leyder, y del piso en María de Molina, nuestro primer hogar español. Al repasarlas se agrava la sensación de que ese niño, a quien me unen ciertos rasgos físicos y de expresión, es un impostor. Son fotos que han quedado también huérfanas, sin el relato de la memoria.

En ellas encuentro la alegría de mi abuelo Marcel, que tras cinco hijas tenía a su primer nieto varón, y el desconcierto de mi padre, quien no sabía cómo querer sin arruinar su aura de general-educador. ¿Qué hubiese pasado si hubiera accedido a la propuesta de mi abuelo de educarme

en Inglaterra? ¿Qué Ramón Lobo Leyder habría emergido de un internado británico? ¿Cómo me habría afectado una educación victoriana en la que el castigo físico y el maltrato psicológico eran habituales? ¿Sería tan rebelde como lo soy en la versión española sometido a una educación militarizada y a unos colegios religiosos en los que primaba el temor a dios sobre el valor de la ciencia? Es seguro que hablaría y escribiría en un inglés perfecto, capaz de redactar crónicas y reportajes para los grandes medios anglosajones, o tal vez no tendría su nivel de excelencia o ni siquiera ejercería el trabajo de periodista. Tal vez sería un *pensioner* desplumado por la estafa del Brexit, veraneante en la costa de España, rodeado de nietos patrióticos envueltos en la Union Jack.

Enrique Vila-Matas me desafió en octubre de 2012 a un duelo en la Ciudad Condal. Sucedió durante una charla organizada por la revista *Panenka* en vísperas de un Barça-Real Madrid. Vila-Matas, que ejercía de culé, dijo para provocarme: «Si hubieras crecido a doscientos kilómetros de tu padre, serías otra persona». Era una frase que surgía de la lectura de mi libro *Todos náufragos*. Perdí porque no supe recoger el guante del humor y respondí desde una rigidez insólita. Traté de resistirme a una afirmación que era cierta porque necesitaba conservar el mérito de la rebelión en la cercanía. Me construí contra mi padre, sus gustos e ideas. Soy lo opuesto de lo que esperaba. Solo se salvó nuestra devoción compartida por el Real Madrid. A los siete años me llevó a ver un partido en el Santiago Bernabéu. Quedé prendado de la magia del estadio y del equipo. Fue una conversión súbita e innegociable, como la que delató a Isidoro Gómez, el asesino fanático del Racing Club de Avellaneda en *El secreto de sus ojos* de Juan José Campanella.

Si estoy contento de lo que soy, preparado para morir tras una vida plena y satisfactoria, se lo debo a él, a mi padre, por forzarme a estar en sus antípodas. Pese a nuestras diferencias políticas estoy seguro de que se habría sentido orgulloso de mi trabajo de corresponsal. No hubiera podido hablarme desde la autoridad de haber estado en dos guerras, la española y la mundial en el frente de Leningrado vestido con el uniforme de la Wehrmacht, porque en número de guerras le gano por goleada.

Años después de firmar un cese de las hostilidades en *Todos náufragos*, empezó a brotar una pacificación sincera nacida del reconocimiento de sus limitaciones. No pudo o no supo escoger el papel de padre cariñoso en mitad de la dictadura de Franco, a la que era leal, y a la fuerte influencia que ejercía con mano de hierro su madre Pilar Varela. Aquel libro fue la expresión de los traumas de mi segunda infancia y juventud. Fue también un viaje por la decisión de salvar a mi madre de la quema. De niño necesité aferrarme a alguien para sobrevivir a la sensación de no sentirme querido. Culpé de todo a mi padre cuando la responsabilidad debió de ser compartida.

Mientras inhalo y exhalo tumbado en la cama con música de Zimmer en los auriculares y la cabeza llena de palabras atrapadas en una centrifugadora industrial, pienso en él y en Maud, y los siento como dos grandes desconocidos. Apenas sé de sus sueños frustrados, de sus decepciones y felicidades. Me acuerdo de mi padre a través de detalles insignificantes, como mi nueva costumbre adquirida de utilizar dos comprimidos de edulcorante, o en el olor del agua de colonia de Álvarez Gómez que tanto me gusta y que fue la favorita de tres generaciones anteriores de Ra-

món Lobo. Son conexiones mínimas con las que admito mi responsabilidad en nuestra mala relación. Puede que sea la conciencia de mi finitud, la percepción de mi muerte —no como un juego dialéctico, sino como una presencia que aguarda en mis pulmones—, lo que me permite ver con claridad su depresión en sus diez últimos años, aplastado por la idea de que no le quedaba nada más que hacer en la vida. Quizá fuese yo, el rebelde, uno de los factores que alimentaba su tristeza: fracasado en mi educación al verme en sus antípodas políticas y religiosas, formando parte de la España contra la que luchó.

A los veintiún años se había enrolado en la División Azul para luchar contra el comunismo, como proclamaba la propaganda del régimen. No a todos a los que se unieron les impulsaron las mismas razones: algunos fueron para hacerse perdonar por ser republicanos, como Luis García Berlanga o Luis Ciges; otros, en busca de aventura lejos de una España de hambre y tristeza. ¿Cuáles fueron las verdaderas razones de Ramón Lobo Varela y las de sus dos hermanos menores? ¿Convicción?, ¿huir de su insoportable madre?, ¿deshacerse de la herencia de un padre y un abuelo republicanos emparentados con Manuel Azaña? Me entristece sentir en estos momentos complicados que en mi insurrección pude azuzar sus ganas de dejarse ir en espera de un infarto libertador, que le llegó el mes de diciembre de 1983 a los sesenta y tres años. Yo tenía solo veintiocho. Nos faltó tiempo para encontrarnos en vida.

Tengo el don de la imaginación, que me permite disfrutar de vidas inventadas, pero carezco de la capacidad para volcarlas en una gran obra literaria como *Los Buddenbrook* de Thomas Mann. Mi viaje vital autonovelado está muy por encima de mi talento para escribirlo. Se perdieron libros para el disfrute de supuestos lectores, pero a

cambio gané una vida intensa, variada y divertida, una existencia en la que soy el gran protagonista y su destinatario. «La vida se vive o se escribe», dijo Luigi Pirandello, y yo opté por vivirla.